

Un libro para conversar con él

Nobleza de Espíritu. Una idea olvidada,

de Rob Riemen

Andrés García Barrios

EL HOMBRE —EL AUTOR— ES UN DESCONOCIDO, uno más de los invitados con los que coincido en esta fiesta. Y al que escucho al pasar: “En la vida, para comprender, comprender de verdad, cómo son las cosas de este mundo, debes morir, por lo menos una vez”. La frase me obliga a detenerme y seguir oyendo; el hombre explica que son palabras de un tal Giorgio Bassani. Enseguida repara en mi presencia. “Rob Riemen”, me dice presentándose amablemente. Alguien a mis espaldas (volteo, es George Steiner, autor del prólogo) comenta quedo: “Rob es una de esas personas que creen firmemente en la luz antes de que despunte el alba”.

Rob está platicando sobre su encuentro con un tal Joseph Goodman, un anciano compositor, genial y desconocido, con el que convivió una noche y a quien de alguna forma le debe su actual interés por una idea antigua y olvidada: la *nobleza de espíritu*. Todavía recuerda la frase con la que Goodman se despidió de él: “Seamos sinceros, amigo mío, está bien que los académicos se ocupen de los datos, ¡pero nosotros debemos escribir la verdad!”.

Poco a poco el pequeño grupo en torno a Riemen se va disolviendo, todos se retiran a otras cosas, beber, tener pláticas más ligeras. Yo y él nos quedamos solos. Durante un centenar de páginas, la charla va de aquí para allá, Thomas Mann, Spinoza, Whitman, Camus. No entiendo plenamente el sentido de lo que Riemen dice pero la plática es tan entretenida y ágil que no le exijo mucho orden; y de pronto me veo envuelto por ese sentimiento de irresponsabilidad que anuncia una buena amistad. Me entero de que Rob es fundador de un importante Instituto de filosofía en Europa, que ha escrito varios libros y que viaja por el mundo dando

conferencias y entrevistándose con todo tipo de destacados intelectuales. Mi nuevo amigo suelta aquí y allá frases que guardo en la memoria: “El ser humano es la única criatura agraciada con el don de labrar el campo del tiempo”. Después comenta: “Al no ignorar lo diabólico, el arte conoce de veras el alma humana”.

De pronto ocurre algo extraño, algo que empieza como un desagradable espejismo. Ya me ha pasado otras veces en este tipo de encuentros bruscos y afortunados: el desencanto. En un par de minutos Riemen pasa de ser un tipo encantador a convertirse en un ser extraño y de ahí a resultar aborrecible. Me doy cuenta de que esos fragmentos suyos que yo no entendía en realidad encubrían un punto de vista con el que no sólo no comulgo sino que detesto. Con la misma libertad con que ha estado tocando otros temas, empieza a hablar sobre el 9/11 e inesperadamente se muestra furioso contra los intelectuales norteamericanos que consideran que los atentados contra las Torres Gemelas son “comprensibles”. Les echa en cara que subestimen el sufrimiento de los tres mil muertos de la catástrofe —en eso concuerdo con él— y de ahí pasa a hacer una apología de los Estados Unidos como trono de la democracia, y a describir la ominosa fecha como *lo peor* que se ha podido hacer en contra de ésta. Al principio creo que no estoy entendiendo bien pero poco a poco queda claro que Riemen sí piensa así y que no se acuerda de la gran cantidad de catástrofes provocadas por los Estados Unidos con cifras de sufrimiento mucho más grandes, más muertos, más dolor de inocentes, más ventaja. Me recuerda a aquel deshonorado escritor que consiguió escribir una historia del México moderno sin mencionar ni una sola vez al país del norte.

Me reprocho por dejarme deslumbrar otra vez por desconocidos, y estoy a punto de darme vuelta y cerrar el libro. Pero sigo a su lado. Me persuado a mí mismo de ser paciente.

Sus palabras van adquiriendo un nuevo tono. Valió la pena no echar la breve amistad por la borda (y el libro a la basura). La charla sigue otra vez su ruta de temas inconexos aunque está claro que ahora éstos se unen de forma silenciosa en torno a una idea olvidada: la nobleza de espíritu. Rob habla con frecuencia de buscar la verdad. Yo digo que muchas de las verdades no se buscan sino que simplemente están ahí y se asumen o no. Él afirma que el pensamiento es nuestro principal bien y yo digo que la ignorancia es el fondo que da valor a todas las ideas. Él desdeña nuestro ser animal y lo contrapone a lo eterno; yo cito de memoria lo que alguna vez escribí acerca de la inmortalidad: “Solemos entenderla como algo sobrehumano; sin embargo es posible que debamos más bien asociarla con nuestra naturaleza animal: son los animales los que ignoran todo inicio y final”.

Estas diferencias entre mi nuevo amigo y yo son como la base y la punta de una misma ola, y no pocas veces estamos ambos en el centro surfeando sobre el espíritu de la civilización que compartimos.

El totalitarismo político es fe en una eternidad terrenal.
Los mitos son las huellas más antiguas de la mente humana.
Civilización es una sociedad que no necesita de violencia para promover cambios políticos.

Finalmente me siento tocado en el corazón cuando Riemen cita un poema de Schiller sobre un joven que aspira a la *verdad*. Y un día encuentra en el templo una cosa tapada con un velo. “¿Qué es?”, pregunta. “La verdad”, le responden. “¿Cómo! ¿Se me oculta lo único a lo que aspiro?”. Schiller concluye:


La verdad es cosa de la divinidad.
“Ningún mortal —dice Ella—
retire este velo hasta que
yo misma lo levante.”

Entonces me viene a la memoria una frase que no sé dónde leí pero que suelo repetir y repetirme:

Hay que cerrar los ojos
a lo que Dios nos oculta.

Nuestra fiesta se está acabando. Ya no hay música. Mi amigo se acerca a la puerta; se pregunta si hay un anfitrión del cual despedirse. Bajamos juntos la escalera, entramos a la

calle. No sé si Rob *el abajeño* (¿o cómo se llaman los nativos de los Países Bajos?) sabe abrazar al despedirse, pero yo lo abrazo. Lo veo alejarse. Hace unos días mientras leía *La ecua-ción jamás resuelta*, del divulgador de la ciencia Mario Livio, me topé con una frase de George Bernard Shaw que resuena con el relato que me hizo Rob antes de irse. Dice el gran ironista inglés: “El hombre razonable se adapta al mundo; el que no lo es persiste tratando de que el mundo se adapte a él. Por tanto, todo el progreso depende del hombre poco razonable.” Adaptarse, ser razonable. Leone Ginzburg fue un joven antifascista italiano que en 1945 murió mientras era torturado y todo por no aceptar adaptarse al mundo. Eso al menos le imputa uno de sus torturadores, viejo compañero de escuela que ahora es sacerdote. También le reprocha no ser suficientemente *razonable* como para entender que estamos aquí para adaptarnos a la voluntad de la autoridad y no para ser libres. Es la pugna entre el fascista (cuya elocuencia no carece de belleza) y el sabio que considera que es mejor perder la vida que la libertad. Las únicas dos palabras de éste son al final, en el delirio que antecede a la muerte, cuando se despide de su esposa, aconsejándole: sé valiente.

Riemen va hacia la noche. Yo vuelvo al departamento de la fiesta (bueno, es que yo era el anfitrión). El lugar está vacío. Me siento a escribir esta conversación que tuve con Rob Riemen. Quiero que otros lo conozcan. 



Nobleza de espíritu. Una idea olvidada

Rob Riemen

Traducción de Goedele de Sterck

Prólogo de George Steiner

México, Taurus, 2016, 208 pp.